

¿HA MUERTO LA POESÍA MÍSTICA?

Por *José María Padilla Valencia*

Vivimos en una época de verdadero resurgimiento de la creación literaria, y más en concreto de la poesía. Períodos de esplendor ha conocido el mundo de las letras y la historia de la creación española da buena cuenta de ello: Edad de Oro –o Siglo de Oro– se le ha llamado a aquella época comprendida entre Fernando de Rojas y Calderón de la Barca; Edad de Plata a la que abarca las generaciones del 98, del 14 y del 27, y Edad de Diamante, me atrevería a bautizarla yo, a la época actual por la pléyade tan enorme de escritores de primerísima fila en uno y otro lado del Atlántico. Esto que parecerá a algunos un juicio precipitado por mi parte, la Historia dirá hasta qué punto lo es, pues se necesitan varios siglos para que lo pasajero desaparezca y lo puro y sustancial quede. Dejemos, por tanto, la última palabra a la sapiencia de la Historia.

Y decíamos del resurgimiento de la creación literaria. En efecto, muchos son los escritores que, con mayor o menor fortuna, están dedicados a la noble tarea del cultivo de la belleza a través de la palabra. Ciñéndonos tan sólo al ámbito de nuestra lengua hispana, las ediciones de libros, tanto de poesía como de novela y teatro, se suceden; certámenes literarios se convocan ininterrumpidamente, y a ellos acuden escritores no solamente noveles, sino consagrados y de renombre mundial; congresos de poetas, encuentros literarios, mesas redondas, tertulias y un sinfín de actividades hablan por sí solas.

Si parece evidente que el campo de la novelística es en la actualidad muy amplio, y son muchos los escritores que cultivan exclusivamente este género –aunque no siempre con el mismo éxito y rubricado con el sello de calidad–, no lo es menos que la poesía va dejando de ser lectura de minorías elitistas y privilegiadas –si es que alguna vez lo ha sido–, para captar la atención de otras esferas de nuestra sociedad. Hoy se lee un libro de poemas, se analiza en las aulas de colegios, institutos y universidades mediante el comentario de textos y con metodologías científicamente probadas; ello es producto de un evidente interés, porque la poesía es espíritu, es esencia, alma alada de los sentimientos humanos.

Pues bien, ante tal esplendor y desarrollo literarios surge mi pregunta: ¿existen hoy poetas impulsados a cultivar un tipo de poesía, como es la mística, que tanta gloria ha dado a las letras hispánicas?, ¿tuvo la poesía mística un momento histórico, ya pasado, desprovisto de interés para el hombre moderno, o, por el contrario, el poeta contemporáneo, al igual que ayer, se ve cautivado por la fuerza inapelable de la trascendencia?; en otras palabras: ¿podemos hablar en la actualidad de una poesía mística?

Evidentemente, los aires que corren no son demasiado propicios para tan alto menester. El poeta, hijo de su época y atrapado a veces por la vorágine de la propia dinámica social, traduce, de alguna forma, el espíritu de su entorno y se ve arrastrado por él; y así, no nos será difícil observar una poesía que la podríamos calificar de oportunista, hija del gusto del momento y de las modas pasajeras; poesía, por lo demás, de existencia tan efímera como el basamento que la sustenta. No siempre el poeta se ha visto llamado a descifrar en palabras los sentimientos más nobles del humano, dirigiendo su chispa creadora por caminos torpes y bien distintos; la Historia da buena cuenta de ello. Y como la nuestra no es una época diferente, resulta que son muchos los que se dejan arrastrar por el materialismo que nos circunda y prescinden, cuando no los desprecian, de los valores sobrenaturales; otros buscan el aplauso momentáneo en detrimento de su propio quehacer de hombre profeta, iluminador de la vida y voz en esencias. No son tantos los que continúan siendo fieles a la luz primera que les brotó un día y les dio el poder de repartirse en bienes y dividirse en almas.

Pero he ahí que, de vez en cuando, surge la luz, brota la chispa viva y la voz clarividente del poeta que se dice en bondades y se estremece en sus adentros. Sus nombres están en la mente de todos, sus palabras trascienden épocas y su luz continuará iluminando a generaciones venideras. Uno de esos hombres, sin lugar a dudas, es el poeta onubense, el Dr. Odón Betanzos Palacios, cuya autoridad y valía son mundialmente reconocidas. Su obra de creación es amplia, ambiciosa, armonizadora y universal.

Un solo libro quiero traer a la consideración del lector; su título: *De ese Dios de las totalidades*, de inminente aparición, en el que el poeta nos ofrece su propia experiencia de búsqueda de Dios y posterior encuentro y seguimiento de su senda. De Nueva York, residencia actual del poeta, me llegó copia de los originales y, en la primera lectura, me percaté de su valor excepcional. Por segunda vez volví a él y, con verdadera pasión, me sumergí en las profundidades de sus esencias; me cautivó su contenido, me sobrecogía en cada verso, respiraba un aire limpio venido de lo Alto, sentía un gozo inmenso, Dios se revelaba en cada palabra. Puedo afirmar que jamás un libro me ha calado tan hondo; su huella permanece viva en mi espíritu.

El libro consta de 1.170 versos divididos en dos partes: la primera lleva por título “Ansias de Dios” y la segunda “Camino en su encuentro”. Comienza el

poeta haciendo alusión a cómo Dios se le revela a través de las criaturas y elementos de la creación, como les sucediera en otro tiempo a tantos hombres de exquisita sensibilidad religiosa, como es el caso de San Francisco de Asís, y de profundo respeto por la vida. El Creador irrumpe en el cosmos dejando en cada una de sus criaturas tenues huellas de su ser; las obras de sus manos son para el poeta armónicos susurros, como esa “música semioculta” que se oye allá en lontananza, lejos, muy lejos, acariciando el oído atento del hombre en la alborada. Pero, a pesar de todo, el poeta confiesa que se encontraba inmerso en un mundo hostil, martirizado por su soledad de milenios que pesaba sobre él hasta hundirlo en el pozo de la angustia. En esa situación de soledad y tristeza, sus ojos no podían ver a Dios aunque el mismo Dios se le acercaba cada día:

Vino con su querencia de ser;
vino, se encontró en su sombra esencia de los accidentes,
se perfiló en ecos, se completó en bienes.
La luz cedía y no lo vi, abrí los ojos,
los cerraba en siglos, me detenía en hechos.
Vino Dios en venida sin presencia;
llegaba, se mantenía: respiración en viento,
luz en mariposas, voz en padecimiento (vv. 21-28).

Pero, a pesar de su calamitosa situación, a pesar de su oscuridad y ceguera de espíritu, el poeta intenta olvidar aquellos años de angustia y centra su atención en el Dios que se le acercaba y le salía a su encuentro. Ante tal sensación nueva, toma una actitud reflexiva, trata de poner orden en sus adentros, procura conseguir quietud interior, busca la paz porque a Dios tan sólo se le oye en la intimidad del alma sosegada; su mirada se vuelve a la vida misma tantas veces para él crucificada. Con todo, la zozobra, la duda, hace presa en su corazón y surge la pregunta inquietante y vacilante: “¿Era Dios todo aquello? ¿Qué era Dios? ¿Dónde era? ¿Cómo era en su misión,/ en su ajuste y en su perfección de hechos?” (vv. 63-65). Son las eternas preguntas que el hombre de todos los tiempos y de todas las edades y culturas se hace ante la chispa que emana de la intimidad de su conciencia. La duda siempre aflora y el poeta intenta indagar con el fin de encontrar evidencias y palpar realidades, llegando a la conclusión de que, “para explicar a Dios, habrá que ser parte de su amplia alma,/ de su extendido, multiforme, montañoso y diluido cuerpo” (vv. 85-86). Es decir, el poeta cae en la cuenta de la necesidad de cambiar de vida —“lo nuevo puede ser que me conduzca; lo viejo no ha valido” (v. 84)—, despojarse del lastre de muerte que lleva arrastrando y tomar un nuevo rumbo, si realmente quiere encontrarse con Dios. Decidido y sin vacilación alguna, emprende el camino que le conducirá al sol de claridades.

Llega un momento en que Dios se dirige al poeta, le habla con palabras llenas de ternura y también, por qué no, de compasión. El fragmento es de una belleza lírica inigualable, de amor sincero; el lamento de Dios se deja oír, pues la semilla del mal ha sido sembrada por el hombre en el mundo; mas, al principio, todo era armonía. He aquí el diálogo que Dios sostiene con el poeta:

¡Ay, Sentidor, hijo mío, hijo del alba y de los padecimientos!
 Todo está dicho claro y preciso desde todos los tiempos:
 Claridad de perfecciones, luces serias, voz ajustada
 a las verdades visibles y a las intuiciones en tiempo.
 La mano que se mueve y toca lo secreto,
 el aire que vuela, los ojos que bendicen,
 la floración y el almendro es mío en su todo vivo
 y en su todo aliento.
 Todo engarza con los todos. Mi voz está en el ambiente que respiras
 y en las ansias que expresan tus deseos;
 en la lengua que se articula y en las intuiciones por dentro.
 Todo es definido, sencillo de sencilleces:
 modos, maneras, andares, ilusiones, rezos,
 búsqueda del todo en el todo al descubierto.
 Cerraron los ojos y cerrados están por dentro;
 rompieron las barreras de las armonías
 y desquiciaron sus cimientos.
 Yo soy el todo de los todos que vigila sus andares
 y se refleja con lo bueno: perfección de lo exacto
 y ajustador de lo completo.
 (...)
 Voy solo en mi soledad, lujo de bienes en los padecimientos;
 por los caminos del orbe un clamor de esencias más roto en sus comienzos;
 una crueldad cruda y amarga; un vacío sin substancia, un andar sin andar,
 una ceguera en aumento.
 Ya ves, hijo del alma, célula chica de mi espíritu abierto,
 ya ves cómo taladraron lo limpio y deshicieron lo cierto. (vv. 396-436)

Un nuevo estado de ánimo, caracterizado por el sosiego, la calma y la paz se respira en la segunda parte. El poeta se encuentra consigo mismo, se da cuenta de que “la armonía existe”, que no está todo perdido, que se puede vivir en la esperanza; ve a Dios –“le veo la cara sin cara al Dios de los poderes”–, lo experimenta y lo siente próximo, intuye sus profundidades, lo siente en su misma vida, lo percibe en armonía de los seres vivientes y en el “amor en la extensión”.

Si anteriormente todo suponía para él escollos insalvables, sufrimientos y muertes, agonías interminables, ahora todo es armonía, luz, paz, vida, Dios. Y llora de emoción y de contento: “Una lágrima de intensidad / se desprende de mis sufrimientos” (vv. 853-854). El poeta se abre a la nueva vida y se deja guiar por las manos misericordiosas del Dios de las bondades:

Una luz nueva, una tranquilidad,
 un seguro principio
 de Dios inicio
 y de Dios término.
 Un manantial de tranquilidades,
 un dejar en su mano
 lo que mi mano está haciendo.
 Un traducirse en panales,
 un querer estar a su lado,
 a su voz, a su oscuro silencio.
 Voy a él, insisto, día y noche,
 alma que adormece,
 pasión en las tranquilidades,
 engranaje de alientos.
 Me adormezco, abro mis manos al cosmos
 donde todo es Dios y por él me florezco.
 Una quietud de siglos me dice las verdades
 nacidas en su inconmensurable pecho.
 Un rezo antiguo, sin palabras:
 esencias de lo nacido, ambiciones que lo buscan,
 regazo que lo complementa.
 En Dios me santiguo
 y en su miel me sumerjo (vv. 862-884).

El poeta se pone en manos de Dios; dice sí a su llamada, se despoja de las viejas ataduras, rompe con el pasado y Dios lo recibe como mensajero de su paz:

Y ya que quieres, repártete;
 estás maduro: ábrete en bienes;
 formado en mi nombre estás:
 desdóblate en querencias.
 Ve, di, pregonas las esencias
 de los mundos de simientes;
 cuaja la palabra,
 multiplica mi verbo de esencias;

di de la noche que se raja
y del día nuevo que se eleva.
Fluye, multiplica,
lleva mi nombre oscurecido
a la claridad abierta.
Di, santifica inclinaciones,
abre el pecho,
haz que ore tu alma,
alma mía, alma densa.
Reparte lo que sientas,
siente con mi nombre;
alivia, expande, date,
alza la mente y ve
panoramas de mis claridades (vv. 1.126-1.147).

Y el hombre poeta, el poeta profeta está presto a cumplir su misión. Odón Betanzos se sumerge en Dios; en Dios vive y en Dios se recrea.

Desde estas líneas quiero expresar mi gratitud al poeta rociano por el maravilloso regalo de unos versos sentidos a golpes del espíritu.